

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

# **Orlando Fals Borda: en el cruce de todas las corrientes.**

Analía Goldentul.

Cita:

*Analía Goldentul (2013). Orlando Fals Borda: en el cruce de todas las corrientes. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/170>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# X Jornadas de sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología.  
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI.  
1 a 6 de Julio de 2013

## Orlando Fals Borda: en el cruce de todas las corrientes

Mesa 10: América Latina piensa América Latina  
Goldentul, Analía (IEALC/FSOC/UBA)

En la cultura del Caribe colombiano, el hombre *sentipensante* es aquel que combina la razón y el amor, el cuerpo y el corazón, para deshacerse de todas las (mal) formaciones que descuartizan esa armonía y poder decir la verdad, rindiendo homenaje a los pescadores de la costa colombiana.

(Distinción de Clacso a Fals Borda, 2009)

“Los intelectuales son productores privilegiados de visiones del mundo”, señaló una vez un conocido profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Cuando empecé a incursionar por la obra de Orlando Fals Borda recordé sus palabras, intuyendo haber encontrado en estas páginas algo más que un simple texto académico. En el trasfondo de su escritura reposaba el intento de producir una *moralidad otra*. Fals Borda fue de esos pocos que lograron trascender el “mundo de las ideas” y meterse de lleno en la historia de un país, no de cualquier forma sino desde la ciencia ejercida al calor de un militante. Sus obras produjeron efectos sobre el terreno. A través de su peculiar modo de ejercer la sociología, Fals pudo generar hechos políticos. Nunca fue de la *real politik*, pero “como buen costeño sentipensante, por encima de sus desfallecimientos físicos, siempre se impuso su vitalidad revolucionaria y su compromiso social.” (Clacso, 2009: 8). Hoy constituye un hito en la sociología de Colombia y es recordado como el “maestro” Fals Borda.

Nuestro autor nació el 11 de julio de 1925, en el seno de una familia presbiteriana. Cursó sus estudios primarios y secundarios en la ciudad de Barranquilla para luego estudiar Literatura Inglesa e Historia en la Universidad de Dubuque, Estados Unidos, graduándose al cabo de tres años. Su pasión por el piano y la música a menudo se plasmaron en sus ensayos, rescatando siempre las piezas artísticas de los pueblos estudiados. A sus padres habría de profesarles gran admiración. Contaba el mismo Fals que su madre era

“una persona muy inteligente, una literata realmente, autora de dramas y cantatas y cosas así, que tenía mucha sensibilidad social (...) fue presidenta de la Sociedad de Señoras de la Iglesia Presbiteriana y (...) una de las primeras mujeres en Barranquilla que tuvo una hora de radio en la emisora Atlántico en los años treinta” (Entrevista a Fals Borda, 2005).

En referencia a su padre:

“otro intelectual, un maestro de escuela muy querido en Barranquilla, que había escrito ya algunos folletos y artículos como periodista en *La Prensa* de Barranquilla (...) él siempre estuvo muy atento a mi desarrollo intelectual” (Entrevista a Fals Borda, 2005)

Con apenas 23 años de edad, había quedado muy conmovido por el asesinato del principal candidato del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán, en Abril de 1948. El líder populista se había convertido en el principal portavoz de las demandas campesinas y obreras, acumulando fuerte peso político y demostrando una enorme capacidad de movilización popular. Su muerte tal vez significó la primera gran decepción política en un país con clases subalternas históricamente postergadas. A raíz de este trágico desenlace, se desataba espontáneamente una revuelta social con disturbios masivos y recrudescida violencia en el centro de la ciudad de Bogotá, que sería luego conocido como el *Bogotazo*. Este acontecimiento fue considerado por muchos el detonante del período que en la historiografía se conoce como “La Violencia” entre 1948-1957, época que vio nacer las primeras guerrillas en Colombia y el conflicto armado (persistente hasta el día de hoy) y que habría de traducirse en doscientos mil muertos, migraciones del campo a la ciudad y fuerte desarraigo cultural. Se trató de un proceso traumático, un continuo de huellas imborrables en la historia de un país entero que obligó a pensar teórica y críticamente el problema la violencia en Colombia. Estos hechos habrían de “marcar” a un autor profundamente sensible como lo era Fals Borda, llevándolo a componer el himno *Mensaje para Colombia*, pues, como Pereyra Fernández dijo años atrás: lo que pasa es que “a él le duele la patria” (Pereyra Fernández: 2009: 245):

“¡Un mensaje de esperanza colombianos cantemos! ¡Gran destino nos depara la verdad que ha iluminado a los hombres y naciones... Adelante! Olvidemos el pasado, trabajemos el presente, construyamos una patria grande y verdadera que perdure como hermosa, libre, justa y ordenada, con la ayuda siempre del eterno, santo Dios” (en Fals Borda, 2002: 2).

En definitiva, ¿Por qué habría de trascender Fals? ¿Por qué una obra se transforma en “relevante” cuando la mayoría transita a la histéresis de conocimiento acumulado? Mientras algunos sostienen férreamente que es el contexto el que “te ubica” en una posición privilegiada de saber y poder, otros, sin desmerecer esta premisa, confiamos en que las trayectorias individuales también tienen un peso sustancial en la ardua producción de visiones del mundo. Si las obras de un autor son parte de una construcción social que a veces excede al autor, también son fruto de la creatividad cultivada a nivel individual. En síntesis, existen múltiples posibilidades para responder estos interrogantes. Aquí proponemos incursionar por la vida y obra de Orlando Fals Borda desde la perspectiva de la Sociología Histórica, creyendo haber encontrado en el uso combinado de la imaginación sociológica con la evidencia histórica, una de las claves de su consagración intelectual.

### **Periodización de su vida y obra**

Pensar la trayectoria de Fals Borda en etapas puede sernos de gran utilidad si bien es claro que en ningún autor podemos encontrar ciclos perfectamente delimitados. A continuación presentamos un itinerario de su vida y obra:

- El tratamiento de la cuestión agraria: hegemonía del estructural funcionalismo (1953-1961)
- La perspectiva del conflicto social (1962-1966)

- De la conciencia transformadora al compromiso revolucionario (1967-1979)
- La revolución democrática y el reordenamiento de la nación (1980-2008)

Más allá de esta periodización tentativa, la carrera profesional y política de Fals estuvo atravesada por quiebres y líneas de continuidad. Por ejemplo, no podemos afirmar con firmeza que llegó alguna vez a romper del todo con su estructural-funcionamiento ya que en sus obras posteriores quedaron importantes resabios. De hecho, hasta sus últimos días siguió hablando en términos de “anomia” para referirse a la violencia y sociedad colombiana. En esta oportunidad, abordaremos con mayor detenimiento el segundo y tercer periodo por considerar que durante aquellos años confluyeron los aportes más significativos de Fals Borda.

### **El tratamiento de la cuestión agraria: hegemonía del estructural funcionalismo (1953-1962)**

En 1955 Fals Borda concluía sus estudios de maestría en la Universidad de Minnesota con la tesis *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío* (1955) por la que se valdría su primer reconocimiento. Dos años más tarde obtenía el título de Doctor en Sociología Latinoamericana por la Universidad de Florida, con la tesis *El hombre y la tierra en Boyacá. Bases socio-históricas para una reforma agraria* (1957), que sería considerada la primera obra de sociología en Colombia, fruto de su investigación empírica en la provincia de Saucío. En ella se destacaba la rigurosidad por el método, la preocupación por la objetividad y una embrionaria hibridación de disciplinas (fundamentalmente la antropología, la sociología y la historia), todas características que “elevaron su nombre al pináculo de la ciencia social latinoamericana cuando apenas cumplía treinta años de edad” (Cataño, 2008: 551), llamando tempranamente la atención de destacados pensadores académicos como Eric Wolf, James Parsons y Lynn Smith. Pero no sería solamente la singular combinación de disciplinas sino éstas al servicio de los problemas más acuciantes de Colombia, el motivo de su rápida consagración académica.

Los capítulos de *El Hombre y la Tierra en Boyacá* lograban captar una fotografía en movimiento de los hábitos y prácticas del habitante boyacense, cambiantes al compás del avanzado proceso de urbanización. Algunos de sus párrafos, como veremos, expresaban ideas rupturistas para la época:

“Precisamente, ya que el cambio es inevitable, habría que estudiar las formas de canalizarlo por vías constructivas, salvando en lo posible aquellas cualidades que adornan a la sociedad campesina” (*El Hombre y la Tierra en Boyacá*, 1957)

Hablar de la <inevitabilidad del cambio> a mediados de la década de 1950 era sin lugar a dudas una provocación desafiante al consenso ortodoxo de las Ciencias Sociales. En este repaso por la historia del campesino boyacense, aunque empezarán a desmoronarse los principios vertebrales del funcionalismo, aún permanecería respetuoso de sus. Lo más

sugerente de esta obra fue la perspectiva dinámica y procesual que utiliza en combinación con una apreciación del sujeto de cambio, en este caso, el hombre boyacense. No los consideraba individuos “sujetados” a los movimientos de la historia, sino “agentes” con relativa capacidad de acción y emancipación. El “acondicionamiento cultural histórico” (Fals Borda, 1957: 237) al que se sometía el boyacense desde su contacto inicial con la cultura occidental hasta la cruda explotación y servilismo de mediados de siglo XX, era algo posible de revertir mediante una apropiación consciente de las nuevas tecnologías. Fals incluso haría gran hincapié en las “salideras artísticas” del campesinado, particularmente en la música y el baile, para dar cuenta de su capacidad de agencia.

El clima de “modernización” y “desarrollo” que se había vivido durante el gobierno de facto de corte populista de Rojas Pinillas (1953-1957) y luego con el Frente Nacional (una coalición política y electoral entre liberales y conservadores, vigente entre 1958-1974), ambos muy a tono con los principios de la Alianza para el Progreso, tendrían asimismo una sustancial incidencia en esta obra. En ella se hallaban contenidos ideas preliminares para una reforma agraria, partiendo de la creencia de que era efectivamente posible una transformación *desde arriba*, o en términos de Gramsci, una *revolución pasiva*<sup>1</sup>, gracias a la benevolencia y ansias de modernización de algunas elites ilustres y progresistas. En sintonía con un Estado que prometía avanzar con una política de reforma agraria, en 1958 le fue ofrecido el cargo de Viceministro de Agricultura, cargo que de hecho aceptó y ejerció durante dos años. Esto no es casualidad. Sin duda, debía tener cierta esperanza en el carácter progresista de algunos dirigentes del liberalismo; basta recordar que él mismo se había declarado “liberal” para asumir el cargo en el Ministerio.

En 1959, en un escenario de inestabilidad con el Frente Nacional, impacto de la revolución cubana y urgente necesidad de reforma agraria, lejos de contentarse con haber escrito “la primera pieza auténtica de sociología” en Colombia, Fals Borda fundaba, junto al padre Camilo Torres (cura y sociólogo egresado de la Universidad de Lovaina) la carrera de Sociología con sede en la Universidad Nacional de Bogotá, justo en vísperas de una década que veía resurgir la violencia, claro que esta vez con nuevos contenidos políticos e ideológicos. Habiendo sido nombrado director de la carrera, no se limitaría a impulsar su institucionalización desde el escritorio sino que, junto a Camilo distribuyeron los folletos en los corredores de la universidad:

“Próximos al comienzo del semestre, los estudiantes estaban inscritos en otras carreras. El problema era cómo iniciar ese Departamento en ese semestre para aprovechar el entusiasmo de las autoridades universitarias. Entonces ambos hicimos un folletico explicando lo que era sociología y lo que había que hacer, qué se esperaba con eso. Como había largas filas inscribiéndose en todas las facultades, Camilo y yo repartimos personalmente los folletos

---

<sup>1</sup> La revolución pasiva, dice Ansaldi (2007), “es un entramado de continuidades y cambios, de persistencias y rupturas en el conjunto de la sociedad, que la modifican (modernizan) sin transformarla radicalmente. Se trata de un proceso que reconoce el poder y los privilegios de clases (...) es una dialéctica conservación-innovación” (2007: 70).

(...) de ahí salieron los primeros 21 estudiantes” (Entrevista a Fals Borda, 2005)

Dos años más tarde este departamento adquiriría status de <Facultad de Sociología>, la primera en América Latina y Fals se convertía en su decano, renunciando al cargo de viceministro de Agricultura. El Estado recibía con entusiasmo la inclinación pragmática de la nueva disciplina (en concreto, la formación de sociólogos expertos en políticas públicas) para el diseño de proyectos de cambio social. Concluía así una etapa en la que, como bien sintetizara Giordano (2010), todavía nos encontramos con un Fals “tensionado entre la corriente de pensamiento dominante en su época y la sensibilidad para captar la experiencia temporal y espacial de su pueblo, siendo sus primeros libros convencionales e innovadores a la vez”.

### **La perspectiva del conflicto social (1962-1966)**

Cuando se iniciaba el Frente Nacional con Lleras Camargo como primer presidente, Fals Borda y Camilo Torres descubrieron el fondo de documentación de la *Comisión Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia*, creada para recopilar información de todas partes del país con el expreso fin de elaborar las bases para una acción “racional” de gobierno (Giordano, 2010). Luego de desplegar una serie de astucias y contactos lograron acceder al enorme caudal información, y con el aval del gobierno de Lleras y la Facultad de Sociología, Fals quedaría a cargo de la elaboración de un informe final.

El resultado del informe, concluido en 1962, superó con creces las expectativas de sus autores. De la extensa información recopilada por la comisión investigadora nacería la magistral obra *La Violencia en Colombia* (1962) de Fals Borda, coescrita con el Monseñor Germán Guzmán Campos y el abogado Eduardo Umaña Luna. Esta publicación lo convertía en una referencia ineludible y merecedor del rótulo de “autor clásico” pues había logrado teorizar problemas de largo arraigo histórico allí donde nadie podía/quería convertir la violencia en objeto.

Sin abandonar la rigurosidad que ya lo hacía característico, ahora le otorgaba un arquitectura conceptual novedosa a la caótica multiplicidad de hechos violentos, “aún a costa de rasgar velos, tocar aéreas prohibidas y desafiar la ira de intereses privados” (Fals Borda, 1962: 11). La enorme repercusión de la publicación fue inesperada, al punto de tener que publicar un segundo tomo al año siguiente. No era un escrito inocente, su mirada crítica de varios sectores dominantes -tanto del Partido Conservador como del Liberal- y de sus respectivas funciones en la reproducción de la violencia lo convirtió en un libro histórico y provocador. El mismo autor nos cuenta cómo sus hojas llegaron a ser leídas incluso dentro de las filas del ejército colombiano. ¿Cuántas veces un texto académico tiene una recepción semejante fuera de la universidad? En palabras de Fals:

“Quizás lo más cercano a un impacto real sobre la sociedad pudo ser el libro sobre la Violencia en 1962, que casi llevó a un golpe de Estado; la clase política recogió el guante pero no cambió. Fue invaluable contribuir de manera esencial a ese verdadero hito del análisis social e histórico que constituye *La violencia en Colombia*,

cuyo contenido fue satanizado por las clases y sectores dominantes”  
(Fals Borda, 2001)

Con esta obra se introducía un quiebre en la investigación académica, y por qué no, una ruptura epistemológica, al conectar *conflicto* con *cambio social* y al afirmar que la violencia podía tener funcionalidad y positividad para el desarrollo nacional, favoreciendo la actualización de normas, creencias y costumbres de la sociedad colombiana. A contracorriente de los viejos mitos del <caos generalizado>, sostendría que la violencia no había sido caótica sino en breves momentos, pues el elemento humano en conflicto había demostrado una tendencia básica a organizarse, aún en situaciones extremas.

Su inclinación por una sociología aplicada y comprometida con la transformación social nacional, muy presente en *El Hombre y la Tierra en Boyacá*, permanecía intacta en *La Violencia en Colombia*. Sin embargo, las pretensiones teóricas de esta obra superaban ampliamente su disertación doctoral. En esta oportunidad, Fals asumía la empresa de crear nuevos marcos teóricos atentos de las especificidades vernáculas, como también “el ensayo y modificación a la colombiana de conceptos y técnicas desarrollados en otros países” (Fals Borda, 1962: 11). Tras largos capítulos de naturaleza descriptiva sobre aquella oscura década de la Violencia, el lector encontraba en los capítulos finales un intento serio de teorizar la historia nacional, de explicarla y hacerla inteligible a la luz de nuevas herramientas conceptuales. En esta dirección, Fals reconocerá en la conclusión del primer tomo haber sido influido por Lewis Coser a través de su libro *Funciones del conflicto social* (1961), obra que había significado un punto de inflexión en la sociología norteamericana por entonces sujeta a los rígidos parámetros del estructural funcionalismo.

Lo nuevo en la producción de Fals giraba en torno a la siguiente proposición: si todo lo que existe debe tener una función, ¿por qué no pensar que el conflicto también puede cumplir una función? De esta forma, Fals le ponía un límite al estructural-funcionalismo pero también lo estaba perfeccionando y actualizando frente a los nuevos vientos de cambio que soplaban en las décadas del '50 y '60. Lograba ubicarse en los márgenes del paradigma hegemónico, rozando sus límites sin traspasarlos y sin romper con su arquitectura de sentidos más importante. Esto es una posible explicación para entender por qué Fals Borda define en este libro a la violencia en Colombia como “una impresionante acumulación de disfunciones en todas las instituciones fundamentales” (1962: 401), siendo este planteo según Guzmán (1990), un argumento clásico del estructural funcionalismo. Claro que, desafiando los principios vertebrales de esta corriente que reducían el conflicto a “crímenes aislados”, “enfermedades” o “patologías”, nuestro autor concebiría el conflicto como un auténtico motor de reorganización social, emparentándose así con lo que Marx formulara sobre la violencia como *partera de la historia* (*El Capital*, Tomo I, capítulo XXIV). Incluso, respecto a estos singulares parecidos, Fals se referiría décadas más tarde:

“Para sorpresa de ustedes, a mí nunca me dieron clases de marxismo en Estados Unidos, en ninguna universidad. No había leído a Marx ni siquiera cuando escribí ese capítulo final del tomo sobre la violencia. En ese capítulo no llego sino a la etapa de la teoría del conflicto social” (Entrevista a Fals Borda, 2005)

Por otro lado, fue su apego a la historia el principal motivo de alejamiento de Fals con la escuela funcionalista. Eran los procesos históricos socialmente explicados lo que imprimiría el sello a sus escritos, distanciándose de la generalización abstracta o de la simple historia narrativa. En *La Violencia en Colombia*, la selección de un vasto conjunto de variables se orientaba a la reconstrucción de sus interrelaciones y a la identificación de regularidades causales con el propósito último de lograr una explicación coherente del fenómeno sociohistórico de la violencia en Colombia. Y lejos del clásico determinismo por el que muchas escuelas de pensamiento bregaban aquellos años, Fals apostaba por una *multicausalidad explicativa* a partir de la “interacción de factores” ideológicos, políticos y económicos, evitando quedar preso de un reduccionismo tanto “economicista” como “politicista”. La violencia tenía en su origen variables de naturaleza económica pero también había implicado una decisión política, era producto de hombres de “carne y hueso” y no solamente resultado de lógicas maquineas que escapan de toda posibilidad de transformación por el hombre.

Asimismo, de estas premisas teóricas se desprendían importantes conclusiones políticas. Y si bien no adscribía a la escuela marxista, su sociología estaba inspirada en la praxis, en el compromiso con el cambio social, posible de asir en la medida que surgieran “dirigentes políticos de nuevo cuño con suficiente carisma para concretar el perentorio deseo nacional de ver una transformación real en las estructuras del país” (Fals Borda, 1962: 422). La referencia a los dirigentes “de nuevo cuño”, un poco vaga e imprecisa, hacía en verdad alusión a líderes intelectuales, guerrilleros y campesinos que sirvieran de referentes políticos y espirituales para guiar el proceso de cambio y transformación social, en contraposición a las siniestras figuras de la oligarquía colombiana. Hoy, ya adentrados en el siglo XXI, esa urgencia de renovación sigue pendiente. Atilio Borón afirmaba esto muy claramente en una entrevista: “Hay un elemento de continuidad muy fuerte en Colombia (...) se trata de una oligarquía acostumbrada a ejercer el poder durante dos siglos (...) es el mismo sector, el mismo presidente con diferentes caras” (Barricada Tve, 05/05/2012)

En continuidad con *El Hombre y la Tierra en Boyacá*, Fals seguía pensando en términos de una *revolución pasiva* al reflexionar sobre los efectos contraproducentes que podía tener la pérdida de un manejo “racional” de la violencia por parte de los dirigentes políticos, y su ulterior transformación en un fenómeno “irracional” en manos de las masas populares, ideas éstas cuanto menos matizables y discutibles:

“Cuando el conflicto emplea la técnica de la violencia con miras a llegar a una meta racional (...) está en la etapa telética. Empero, en el caso colombiano se perdió la filosofía superior de la acción y la ideología del conflicto. Se conformaron en gran escala actos individuales y grupales de agresión, oposición y destrucción como el odio, la venganza, los celos, el robo, el incendio y el homicidio, proceso que algunos observadores llamaron <la crisis moral del país>” (Fals, Borda, 1962: 410)

Pero, ¿acaso la violencia en Colombia fue “racional” cuando surgió del seno de las elites políticas “ilustradas”, tanto liberales como conservadoras? Es hartamente conocido, y hasta el propio Fals Borda lo afirma repetidas veces en este libro (quizás a modo de hipótesis principal) que en Colombia la violencia no la inició el “pueblo” sino las clases dominantes con el asesinato del caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

En 1963 Fals, Guzmán y Umaña Luna editaban el segundo tomo, donde además de hacerse eco de las enormes críticas y halagos que tuvo el primero libro, distinguían entre causas remotas e inmediatas de la violencia. En ambos tomos se dilucida una sociología histórica que contrarresta la falta de “*systematic large-scale generalizations*” que Eric Wolf le objetara cuando reseñó *Peasant Society* (Wolf, 1956: 929). Ahora no solo era visible un intento de formular una explicación de larga duración sobre la violencia sino también una explicación de la sociedad colombiana. Esto no quiere decir que en sus anteriores producciones no hubiese de trasfondo un conjunto de supuestos globales, pues toda obra, sea de filosofía, economía o política, presupone una teoría general de la sociedad. Pero lo cierto es que en *La Violencia en Colombia* aquellas proposiciones generales se tornaban ahora más claras. En esta dirección, Fals asumiría el conflicto social como “un proceso natural básico en toda sociedad para interpretar los cambios que ella experimenta” (Fals Borda, 1962) posición en verdad clásica de la sociología de Georg Simmel que nuestro autor intentaba retomar.

Quienes tengan la oportunidad de leer *La Violencia en Colombia*, encontrarán no sólo una rigurosa investigación académica y política, sino también un libro escrito al calor de los acontecimientos y como tal, profundamente sensible. Esta obra marcaría un quiebre en su trayectoria, llevándolo a transitar cambios ideológicos que lo irían transformando en un *intelectual disórgano*, término acuñado por Fals para referirse a aquellos intelectuales capaces de producir contranormas, antivalores y desafiar el orden social.

### **De la conciencia transformadora al compromiso revolucionario (1967-1979)**

Menos de una década había transcurrido y el fracaso del Frente Nacional (una coalición que sólo en el plano formal se podía llamar “democrática”) parecía contundente. Si diez años atrás había sido recibido con entusiasmo por las vanguardias intelectuales y amplios sectores populares, las decepciones políticas, exacerbadas en un contexto internacional de Guerra Fría, habrían de incidir en una sociología que empezaba a mostrarse cada vez más distante del proyecto reformista del Estado. La violencia era ya asimilada como un factor permanente de la vida política y social colombiana. En este clima, aparecieron en el escenario histórico las primeras guerrillas de orientación revolucionaria, entre ellas las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC, 1964), el Ejército de Liberación Nacional (ELN, 1965) y más tarde, el Movimiento Revolucionario 19 de abril (MR-19, 1974), albergando en su formación una multiplicidad de expresiones políticas: desde Mariátegui, Marx y Lenin hasta Mao Tse Tung, Fidel Castro y el Che Guevara, sumando al aprendizaje militante las experiencias revolucionarias de Cuba y China. Excepto las FARC, de composición netamente campesina, el resto de los grupos armados presentaron cuadros mayoritariamente urbanos y un intercambio fluido con figuras académicas de relevancia.

Por supuesto, aquellos años en América Latina obligaron a una redefinición del papel del intelectual. La célebre frase dictada desde Cuba “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución” será acogida por una gran cantidad de escritores, pensadores y científicos, generándose, según Ansaldi y Funes (1997), un clima de “revolución, realismo mágico y ciencias sociales críticas” dentro del cual la categoría gramsciana del *intelectual orgánico* no sólo ocupará el centro de los debates sino que también será el camino escogido por varios sociólogos que concibieron su participación en las guerrillas como la mejor forma de generar transformaciones profundas a nivel social. Para ellos, la violencia había que entenderla como una alternativa que se construye colectivamente y que, lejos de ser suficiente para transformar el orden social, debía dotarse de “armas científicas”. Esa misma idea condujo a Camilo a alistarse en las filas del ELN, en las postrimerías de 1965, muriendo en combate dos meses más tarde.

Si bien la mayoría de los “cientistas sociales” no se involucró directamente con grupos armados, muchas de sus obras buscaron justificar y legitimar el accionar revolucionario. Entre ellos, el caso de Fals Borda sería paradigmático. La acumulación de frustraciones y ansias de transformación, ambas muy propias de este período, dieron forma a *La subversión en Colombia* (1967), obra que rendía homenaje a Camilo Torres, caído en combate hacía un año, y que compartía con *La Violencia en Colombia* el descontento generalizado entre los sectores conservadores más recalcitrantes del Estado ante la nueva publicación.

La transformación de las estructuras de largo arraigo histórico vía métodos legalistas se iba convirtiendo en una posición cada vez menos legítima en el campo de la izquierda colombiana, allanándose de esta forma el terreno para otras cosmovisiones de la realidad social. Dentro de estas nuevas perspectivas, Gustav Landauer, escritor judío-alemán de tendencia anarquista, expresaba en su libro *La Revolución* (1961) que los procesos revolucionarios “representan un momento en el ya no existe la vieja topía y todavía no se ha afirmado la nueva” (1961: 28), frase ésta que nos recuerda a la célebre frase de Gramsci: “cuando lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”, o si se prefiere en otros términos, “cuando lo nuevo pugna por surgir, y lo viejo lucha ferozmente por no morir”. Ahora bien, ¿Por qué traigo a colación este autor europeo, inmerso en la tradición mesiánica de pensamiento de la Europa del siglo XIX? Justamente, Fals Borda propondría en *La Subversión en Colombia* retomar estos hilos conceptuales amén de su utilidad heurística:

“Lo que se necesita, en últimas, para entender los ritmos socio-históricos colombianos, es un concepto maestro semejante al de “revolución” de Landauer, que analice y describa satisfactoriamente la situación de transición específica o conformación del orden cambiante durante el período crítico (...) y no sólo sus resultados” (*La Subversión en Colombia*, 1967: 23)

En este párrafo hay un aspecto clave de la sociología histórica de Fals Borda: la importancia del momento transicional. Son estos períodos excepcionales de subversión los que permiten descosificar los procesos sociales, esos que a los ojos de muchos parecieran ser

“hechos sociales” consumados y susceptibles de observación. Las transiciones, a la vez que desarman los conceptos totales y vuelven fútiles las mejores herramientas metodológicas, ponen de manifiesto los conflictos y luchas aparentemente inexistentes en el largo proceso de construcción del orden social, donde la intensidad tiene que ver más con la condensación de múltiples posibilidades históricas que se abren y cierran que con el caos general.

Analizando el libro desde otro ángulo, el autor busca emprender una “historia del presente” como también dar cuenta de lo que él llama el “ritmo social de la historia” en Colombia:

“Me propuse combinar lo diacrónico con lo sincrónico, siguiendo una pauta proyectiva, para ir estudiando la historia y deducir de ella algunas proposiciones generales que pudieran ser útiles para conformar una sociedad superior” (Fals Borda, 1967: 136).

Aplicando lo que Fals denominaba el “método analítico de la historia”, entendería el pasado y presente global como “la historia de sucesivos órdenes” (Fals Borda, 1967), siendo el impacto de nuevas ideologías, antivalores, contranormas, etc. los factores que garantizan la transición, de forma tal que entre orden y conflicto no hay contradicción sino hasta plena identificación. La conjunción de estos elementos tendría como resultado la destrucción de las estructuras sociales convencionales en un clima de genuina subversión social y fundamentalmente, moral, cual “nace espectáculo de una condición propia injusta e incomprensible, o (...) de observar en otros los efectos degradantes de la opresión” (Fals Borda, 1967)

Desde esta lógica, la primera subversión moral podía pensarse como la subversión “cristiana”, representada por la cruz y la espada de los conquistadores europeos. La segunda había sido la subversión “liberal”, inspirada en la Ilustración de mediados del siglo XIX, que aunque tuvo matices socialistas y radicales, éstos valores fueron producto del mismo orden social burgués. La tercera subversión, la “socialista”, a comienzos del siglo XX, hacía alusión a la Revolución Rusa de 1917 y muy posiblemente también a la frustrada revolución socialista alemana de 1923, cuyas influencias resultaron decisivas para el desarrollo de un nuevo orden capitalista, marcado por el surgimiento del “Estado de Bienestar Social” (en Europa y EE.UU) y de “Compromiso Social” (en América Latina) durante las décadas del '30, '40 y '50. La cuarta subversión moral, la “neosocialista”, en referencia a las década del '60, tendría como símbolo la vida y obra de Camilo Torres Restrepo “como intelectual y líder político”, pronosticando, por último, en el horizonte del XXI, un quinto orden, también neosocialista.

En opinión del propio autor, la sucesión de estadios, aunque un tanto dogmática y lineal, “cumple con el requisito de Gerth y Landau (1963), de tener un ojo fijo en la historia y otro en el futuro” (Fals Borda, 1967: 3). En 2008, habiendo pasado más de cuarenta años, salía la segunda edición y Fals aprovechaba para hacer una relectura de sus páginas a la luz de nuevos procesos sociales. Meses antes había sufrido una emergencia hospitalaria por la que casi pierde la vida, pero esta desdicha no le restó fuerza alguna: “los médicos me resucitaron especialmente para poder actualizar mi libro *La Subversión en Colombia*”,

actualización que por cierto sería uno de sus últimos escritos<sup>2</sup>. En el prólogo hizo una aguda crítica acerca de las debilidades y certezas del escrito original:

“La lectura no me conmovió tanto por el método de análisis cuanto por los horizontes que proyectaba. Era ortodoxia con profecía (...) Cuando escribí este libro distinguí en la historia de Colombia cuatro órdenes sociales y anticipé un quinto orden en el horizonte del siglo XXI. Hechos recientes parecen confirmar estas circunstancias y/o tendencias, especialmente en Venezuela, Bolivia y Ecuador” (Fals Borda, 2008)

Evidentemente, el libro trascendió menos por el método histórico-analítico, y más por la posición política que Fals estaba sentando. Si con *La Violencia en Colombia* había empezado a reinventar buena parte de su formación académica y política, a partir de *La subversión en Colombia*, ese proceso había llegado a su clímax. Era un libro militante que dialogaba con las perspectivas a futuro de las nuevas tendencias armadas de América Latina pero que también ponía de manifiesto una aguda crítica del pasado y presente de la izquierda colombiana: “No hemos logrado todavía conformar anti elites satisfactorias para combatir el sistema hegemónico tradicional. Es el orden nuevo que merece gestarse en nuestro país” (1967).

Como si el paso del tiempo no tuviera efecto, treinta años después, en un contexto de enconadas políticas neoliberales y recrudescida violencia, Fals escribía idénticas conclusiones: “No supimos construir una contrahegemonía” (2008), evidenciando entonces un escollo y regularidad en la historia colombiana que hasta el día de hoy no ha sabido sortearse.

Con motivo del Segundo Coloquio Científico de Ultramar en Alemania, en diciembre de 1967, Fals Borda presentaba en un auditorio lleno el ensayo “Ciencia y Compromiso. Problemas metodológicos del libro *La Subversión en Colombia*”, exposición en la cual compartiría algunas reflexiones que él mismo hizo de su libro, varias de ellas, cabe señalar, muy polémicas. Por ejemplo, en este encuentro afirmó que el concepto de “subversión” le permitió interpretar el significado de la Independencia de modo distinto a los historiadores:

“Las guerras de independencia y el esfuerzo por ganar la libertad de España no significan para el autor ninguna transformación trascendental en el orden social vigente desde la Colonia, lo que contradice las versiones ortodoxas de la historia” (1967:170)

Este análisis de Fals, muy controversial, urge situarlo en su contexto social de producción. Fue en un escenario histórico en el cual se empezó a vitorear por la transformación radical

---

<sup>2</sup> Tras participar en una manifestación política, Fals se vio afectado por una lluvia que le causó una neumonía. Fue llevado a un hospital, donde lo declararon muerto y en tal condición lo trasladaron a la morgue. Por fortuna su sobrina médica observó que aún tenía signos vitales y luego de un “tratamiento de choque” volvió a la vida.

de las condiciones estructurales de larga duración, cuando las guerras de independencia serían vistas como un cambio de régimen sin que este implicase una revolución social y económica. De hecho, en no pocos países estas guerras se llevaron al margen del pueblo, siendo ejemplar el caso argentino con una Revolución de Mayo (exactamente, el 25 de mayo de 1810) a “Cabildo cerrado”. Que no se malinterprete, Fals no acometía contra la filosofía emancipatoria y latinoamericanista de San Martín o Simón Bolívar, más bien escribía en sintonía con las conclusiones políticas de los teóricos de la dependencia, entre los cuales la perspectiva de Florestan Fernandes fue representativa. Para el brasilero, vinculado muy estrechamente al Partido dos Trabalhadores, el proceso de conversión de las sociedades coloniales al capitalismo moderno se había dado por medio de un proceso de “modernización de lo arcaico y arcaización de lo moderno”, que ha de entenderse como una rearticulación del todo, en la que formas socioeconómicas heredadas del pasado se combinaron con formas socioeconómicas nuevas limitando el alcance de las transformaciones. Esto no fue arbitrario sino que estuvo siempre ligado a una dependencia edificada en función de los intereses de las potencias hegemónicas externas y de las elites dominantes locales. Respecto a éstas últimas, siempre pretendieron fortalecerse sin incluir plenamente a las clases sociales subalternas dentro del orden social competitivo, pues privilegiaron sus intereses más inmediatos y relegaron la posibilidad de transitar hacia nuevas formas sociales de producción. Entonces, a modo de hipótesis, fue quizás esta estrecha conexión de Fals con los postulados dependentistas lo que lo llevó a afirmar que las guerras de independencia no habían sido auténticas revoluciones contra el orden sino más bien revoluciones dentro del orden.

En 1968, Fals publicaba *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, intentando ampliar el análisis de *La Subversión en Colombia* al contexto regional. La inquietud por desenmarañar los hilos que recorren Latinoamérica no nacía en este texto, pues ya había tenido una primera expresión institucional en 1964, cuando Fals creaba el Programa Latinoamericano para el Desarrollo (PLEDES), una Maestría adjunta a la Facultad de Sociología que ofrecía el espacio para difundir las obras más influyentes de la sociología latinoamericana, europea y norteamericana. Se había creado en “un momento de consolidación de los Latin American Studies, en sintonía con las postulaciones de la Alianza para el Progreso” (Giordano, 2010) y con los fondos provenientes de organismos como la Fundación Ford, Fullbright, Rockefeller y la UNESCO. En 1965 participaría de la fundación de la *Revista Latinoamericana de Sociología* junto con otros referentes consagrados como Gino Germani, Torcuato Di Tella, Pablo González Casanova, Luis A. Costa Pinto, Aldo Solari y José Medina Echeverría. Sería justamente por insistencia de González Casanova y de Fernando Henrique Cardoso que Fals Borda encontraría el estímulo para escribir el libro.

La muerte de Ernesto “Che” Guevara en manos de la CÍA y del Ejército Boliviano, en octubre de 1967, obligaba a una pausa estratégica “para reflexionar y sopesar alternativas”. En tales circunstancias, el libro se proponía como un “paréntesis” necesario. En él examinaba un problema que ya había abordado en *La Subversión en Colombia*: el fenómeno de la captación de las antiélites. Estaba obsesionado con el tema, pues entendía que en la captación de estos sectores se dirimía una cuestión fundamental: el debate reforma / revolución.

En sus páginas dejaba en claro que no debía asociarse la cooptación con la manipulación de “intelectuales desorientados”, sino más bien con contextos y nuevas condiciones que estimulan un cambio de paradigma a la hora de interpretar y actuar sobre la realidad. Desde su óptica, la captación había permanecido en el trasfondo de casi todas las revoluciones frustradas en Latinoamérica, arruinando, como dijo Gramsci, “los planes mejor concebidos” (Gramsci, 1917).

En esta dirección, para evitar que las propias frustraciones individuales e históricas del intelectual (“intelectual” en el amplio sentido del término) tuerzan largos procesos de transformación, habría que ponerlas de manifiesto:

“La frustración del escritor —y del sociólogo— latinoamericano es consecuencia del subdesarrollo, de la injusticia social y de la explotación capitalista. De modo que, según este pensador, no puede haber compromiso más urgente para el escritor que el de denunciar las causas de su propia frustración, y al proceder de esta manera defiende la causa del pueblo latinoamericano” (Fals Borda, 1967)

Justamente, sus propias frustraciones como intelectual y actor político lo llevaron a desvincularse en 1968 de la Universidad Nacional. Para Giordano (2011), en esta decisión convergieron dos razones: por un lado, el movimiento estudiantil mimetizado con una fase de efervescencia y fuerte radicalización política, lo acusó de “imperialista” por negociar acuerdos de investigación con la Fundación Rockefeller, y por otro lado, el “desencantamiento” con el Frente Nacional, cuyas políticas pusieron de manifiesto la falta de voluntad política para llevar a fondo una reforma agraria que democratice el acceso a la tierra.

De esta forma, se avecinaba un tiempo de cambios en su vida personal y profesional. Al poco tiempo de renunciar a la Universidad Fals viajaba a Ginebra, permaneciendo allí casi dos años a cargo del Instituto de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social. En el medio contrajo matrimonio con María Cristina Salazar. Ambos se habían conocido en 1962, cuando ella ingresó a la Facultad de Sociología luego de ser convocada en 1962 por Camilo Torres, a quien la unía profundas convicciones cristianas además de similares orígenes sociales: ambos provenían de la elite tradicional colombiana. Juntos, en Ginebra, iniciaron un profundo replanteo de la práctica científica, como ser la rutina académica, la falta de apoyo para investigar los temas acuciantes de la realidad y el poco énfasis en la acción y transformación de aquello que estudiamos, condensándose este manto de dudas en una pregunta difícil de zanjar: “¿Investigar para qué?”. Como resultado de estos interrogantes nacería la Fundación *La Rosca*, proyecto dentro del cual se perfiló y consolidó la Investigación Acción Participativa (IAP) como método científico que se propuso elaborar un conocimiento propositivo y transformador a través del debate, la reflexión y la construcción colectiva de saberes. Se asumía como premisa fundamental que el sociólogo no debía contemplar sino también estimular la capacidad de autogestión de los implicados, brindándoles herramientas para que puedan pensarse a si mismos como sujetos históricos.

Esta estrategia metodológica, a través de la cual Fals se hizo mundialmente reconocido, era una respuesta directa al movimiento estudiantil que lo había acusado de “sociólogo empirista” sin capacidad crítica. Y aunque la IAP presuponía ciertos postulados ontológicos y epistemológicos, en una primera instancia fue presentada estrictamente de un método:

“Digo que es un método para no asustar más a los intelectuales y a los académicos rutinarios; porque ¿qué tal con otro paradigma, otra forma de entender la realidad y decir que Descartes no tenía razón, que Hegel estaba equivocado” (Entrevista a Fals Borda, 2005).

Claro que para muchos intelectuales de renombre, la IAP trascendía con creces su impronta metodológica. Sin más, Aníbal Quijano se refería a ella en los siguientes términos:

“El conocimiento de la realidad social sólo es accesible, plenamente, desde el interior de una práctica social transformadora. Lo cual, ciertamente, implica una opción epistemológica y, al mismo tiempo, ética. Quien quiera adquirir un conocimiento pleno de la realidad social, tiene que dedicarse a la práctica social transformadora, o renunciar a esa ambición de conocimiento” (Quijano, 1978: 262).

### **Rompiendo los muros del colonialismo intelectual (1968-1974)**

En 1972, estando todavía en Ginebra, Fals produjo otra de sus grandes obras: *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, en un intento de plasmar por escrito una perspectiva académica y política que venía desarrollando hace tiempo, esto es, la descolonización del conocimiento en América Latina. Si antes el campesinado había tenido un lugar protagónico en sus ensayos, ahora, como nunca antes, ubicaba también en el meollo de la cuestión a los investigadores, científicos, sociólogos, historiadores y militantes, a todos ellos juntos, como sujetos claves en el proceso de formación de la identidad latinoamericana.

En primer lugar había sido necesario deconstruir las nociones del estructural-funcionalismo tan arraigadas en las maneras de pensar y producir “realidad”, esfuerzo éste patente en su libro *La Violencia en Colombia*. Ahora restaba construir una sociología que funcione como verdadera “autoconciencia científica de la sociedad” y oriente el proceso de transformación social. Muy a tono con su libro “La Subversión en Colombia”, propondría una <subversión total> en el plano del conocimiento en pos de romper los vínculos coloniales y avanzar en la construcción de una sociedad capaz de auto determinarse y darse sus propias leyes.

Para que sea posible la producción de conocimiento socialmente útil, consecuente y transformador, sería necesario antes formar un *hombre latinoamericano nuevo* (y también, ¿por qué no? un sociólogo nuevo) que rompa con las cadenas de la dominación cultural. De esta forma, “la sociología, respondiendo a esta crisis, entra ella misma en crisis”, reorientándose hacia las urgencias actuales de la sociedad y dejando de lado su “servilismo intelectual”. Este proceso implicaría, según Fals, una “sociología de la liberación”. Es la apuesta por una sociología del cambio y por un cambio de la sociología. Pero ¿Cómo saber si nuestra invención conceptual es creación y liberación?:

“La mejor manera de saber si se va por la mejor dirección (...) es producir hechos y hacer que las ideas se traduzcan a la práctica: que los estudios demuestren, ante todo el rigor con que han sido concebidos y elaborados (...) y que la teoría se deje guiar por la realidad para que pueda enriquecerse” (Fals Borda, 1972).

Esta cita es interesante porque abre varias posibilidades de interpretación. A primera vista, Fals pareciera entender la “realidad” como un hecho objetivo independiente del sujeto que investiga, creencia ésta muy propia de la escuela positivista de pensamiento que encuentra en Émile Durkheim uno de sus principales exponentes. Incluso, varias de las proposiciones asumidas en este libro se harían eco de importantes críticas, algunas feroces, entre las cuales la formulada por Fernando Uricoechea (1988), vale la pena citar:

“Su indiferencia casi pugnaz contra la teoría y en favor de la experiencia y la participación lo mueve a hacer uso de criterios que (...) se prestan para una concepción más tradicional que crítica de la actividad científica y de la función social de la ciencia (...) en un significativo tour de force intelectual” (Uricoechea, 1988)

El argumento es valioso, no tanto por la calidad de sus apreciaciones, sino de lo contrario, por la inexactitud que, en calidad representativa, han tenido muchos académicos a la hora de dar su lectura del libro. La crítica no sorprende si tenemos en cuenta que las obras de Fals siempre han tenido una cierta impronta positivista. Sin embargo, esto no constituye un óbice para afirmar que la “sentencia” que da Uricoechea de *Ciencia propia y colonialismo intelectual* es prematura en cuanto se aleja de un axioma fundamental del pensamiento de Fals Borda, para quien la realidad social es, recitando a Marx, “inexistente” (Fals Borda, 2011:4). Mas aún, es el investigador quien “elige los problemas que considera más importantes y pertinentes, y adopta allí mismo las pautas de su objetividad científica”. Todo cual solamente es posible eligiendo previamente un criterio teórico.

Otro tema de su interés fue el método, históricamente catalogado como un “tabú”, una palabra prohibida en la sociología crítica y que, sin embargo, constituye un aspecto fundamental para superar el colonialismo intelectual. Aquí Fals propone, además de la IAP, el método de investigación histórica: la búsqueda de datos históricos y documentales desde una perspectiva diacrónica como mejor forma de descolonizar el saber y de “ajustarse” a la propia experiencia latinoamericana. Con esta estrategia metodológica que ya venía desarrollando desde la *Subversión en Colombia*, “se busca lo cualitativo y el sentido de los procesos, con una visión global e histórica, pero sin rechazar lo mensurable ni despreciar lo sectorial” (Fals Borda, 1972).

Dentro del método sociohistórico, la perspectiva de totalidad (en contraposición a la especialización constante) es también una suerte de trinchera contra el colonialismo intelectual. Si bien existe cierta cuota de irreversibilidad en esta incesante particularización de los estudios académicos, al menos habría que intentar situar los llamados microestudios en un marco y cosmovisión más general que impida el extrañamiento de los conceptos más específicos de las estructuras englobantes, es decir, “entender la sociedad como un todo y subir a las alturas para ver los conjuntos” (Fals Borda, 1972) Y lo que es más importante

aún, hay que superar la crisis epistemológica, patente en la acumulación de problemas y decisiones a una escala global, al que ninguna ciencia por separado ha logrado codificar en respuestas satisfactorias. De esta forma, “aparece así una urgencia de sintetizar y combinar ciencias (...) sin distinguir fronteras artificiales o acomodaticias entre disciplinas afines” (Fals Borda, 1972).

Estas citas de Fals son muy fructíferas por cuanto nos permiten pensar críticamente las actuales condiciones de producción científica, donde el conocimiento “se acumula ad infinitum, ritualmente, sin que la ciencia avance, produciendo en cambio confirmaciones y reconfirmaciones de hipótesis o acumulación de meros datos, pasando incluso al clisé y lo insulso e impidiendo síntesis comprensivas” (Fals Borda, 1972). Hasta se puede llegar a saber mucho de un problema sin necesariamente aportar información valiosa sobre un fenómeno, sin articularlo con una decisión política de transformar nuestro objeto/sujeto de estudio.

Hay, por lo tanto, una saturación del conocimiento que es funcional a la lógica del “colonialismo intelectual”, el cual produce un saber mecánico, lineal y fútil para entender nuestra realidad social. Cuando la ciencia se produce por el mero “placer” de investigar y se desliga de toda necesidad de transformar hay que marcar un quiebre y apuntar a una “síntesis apropiada, a un mayor ejercicio de la imaginación creadora, o de una reorientación científica”. Es esto precisamente un aspecto constituyente de la descolonización del saber: transformar cantidad en calidad.

Lo interesante de este libro es que, en resumidas cuentas, Fals puso a los intelectuales en general (y a sí mismo en particular) como objeto/sujeto de estudio en un momento de fuerte radicalización y polarización social como lo fue la década del '70 en América Latina y en Colombia. Sin lugar a dudas, es un libro sobre la academia pero que, sin embargo, dista de ser académico. De lo contrario, anticipaba con esta obra una fuerte convicción política que habría de plasmarse con mayor vigorosidad en los años venideros.

En 1974, concluida la experiencia (y el fracaso) del Frente Nacional, con un Fals reinstalado en Colombia, se fundaba la revista de izquierda *Alternativa*, que además de contar con el impulso del propio Fals Borda, tuvo entre sus miembros más celebres al escritor y periodista Gabriel García Márquez. Desde la óptica de León Palacios (2008), los objetivos de la revista eran:

“1) divulgar las luchas populares, 2) contrainformar y luchar ideológicamente contra “los medios de información del sistema”, 3) circular en un lenguaje sencillo investigaciones sobre la realidad nacional y 4) propiciar la unidad de la izquierda” (León Palacios, 2008: 195)

Paralelamente, por la misma época, se creaba el M-19 (Movimiento 19 de abril), un grupo insurgente de matiz urbana, nacido a raíz del fraude electoral en las elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970 que dieron como ganador a Misael Pastrana Borrero del partido Conservador. Ambos proyectos, *Alternativa* y el M-19 congeniaron

amistosamente, pues coincidían en la apremiante necesidad de ofrecer medios alternativos de comunicación, distanciándose no solamente de los grupos hegemónicos dominantes sino del fuerte dogmatismo que caracterizaba a los canales de divulgación de la izquierda nacional. A partir de entonces, el M-19 participó activamente en la producción de la revista, no solo periodísticamente sino también económicamente. Fue quizás el éxito rotundo de *Alternativa* (que había alcanzando temprana popularidad ya en el 4° volumen) lo que nos permite comprender los dos atentados con bomba que sufrieron las instalaciones de la revista en 1975, más si advertimos el carácter crítico de sus colaboradores hacia el “sistema”, el “costo de la vida” y la desigualdad social.

Por su parte, Fals contaba con su propia columna, “La historia prohibida”, en la que exponía antecedentes históricos del campesinado colombiano, contando historias hasta entonces desconocidas. Sin embargo, su participación tenía los días contados, según nos cuenta García Márquez “la revista se fraccionó y fue pariendo otras Alternativas”. Fals y su equipo de la Fundación “La Rosca” tenían la ambición de convertir a *Alternativa* en una revista militante de carácter orgánico, enmarcada dentro de un movimiento político más amplio, que esté a tono no sólo con las experiencias guerrilleras sino también con los movimientos campesinos de Colombia. Para él la violencia había que entenderla como una alternativa que se construye colectivamente y que, lejos de ser suficiente para transformar el orden social, debía dotarse de “armas científicas”.

Estas ideas generaban un cortocircuito con los proyectos que otros miembros tenían pensado para la revista: “*Alternativa* no puede pretender sustituir a los movimientos políticos revolucionarios, ni a sus órganos propios de expresión, ni mucho menos convertirse ella misma en grupo político”. Luego de conflictos internos la revista habría de dividirse en dos, llegando a publicarse dos volúmenes n°18. *Alternativa* dejó de publicarse definitivamente en 1980 mientras que el M-19 se reinsertó más tarde al sistema político, convirtiéndose a principios de los ‘90 en un movimiento político de izquierda conocido como AD-M19 (*Alianza Democrática M-19*). Con estos hechos se cerraba un periodo de ferviente participación política en la vida de Fals Borda y se abría una nueva etapa, atravesada por la ambición de lograr una honda transformación de la sociedad colombiana pero desde otros canales políticos.

### **Algunas reflexiones finales**

La primera característica por la que ha sobresalido Orlando Fals Borda dentro de la Sociología Histórica Latinoamericana fue por su ya indiscutida “heterodoxia” con la que siempre ejerció la profesión, logrando ubicarse en el “cruce” de varias disciplinas (en particular la sociología y la historia) y hasta paradigmas epistemológicos distintos (el funcionalismo, la teoría del conflicto social e incluso, algunos presupuestos del marxismo). Vista su obra total en perspectiva, podemos afirmar que sus escritos tienen puntos de contacto con la definición que Charles Tilly esbozara de la sociología como disciplina que estudia los procesos históricos (Tilly, 1991), y más concretamente, las relaciones entre la acción humana (personal o colectiva) y la estructura social en el devenir histórico. Es una sociología histórica inspirada en la dinámica de las acciones deviniendo en procesos.

A su vez, la intención de dar una explicación global y compleja de la sociedad colombiana (otra característica que lo emparenta con la Sociología Histórica) es la gran herencia que nos ha dejado, entre libros, ensayos y otras tantas ponencias. Explicación compleja no solamente del pasado y presente colombiano sino también del porvenir latinoamericano. Para Fals era apremiante divisar una sociología que dialogue con el futuro sin hacer “futurología”.

Comprendido por muchos, incomprendido por tantos otros, siempre se mostró muy sensible a las variadas críticas que su persona logró despertar en los distintos círculos académicos y políticos: al tiempo que algunas corrientes reformistas, la mayoría de ellas institucionalizadas y cooptadas por el Estado, lo tildaron de “romántico” y cuando no, de viejo y antiguo por afirmar la necesidad de transformar radicalmente Colombia, no pocas agrupaciones estudiantiles de la Universidad Nacional de Bogotá lo acusaron de “imperialista” por fomentar acuerdos de investigación con la Fundación Rockefeller. Ciertamente, las críticas de las que fue objeto eran opuestas y hasta contradictorias porque él nunca fue una figura compacta, cerrada e impermeable a los tiempos históricos. Como se mencionó al principio, no encontramos en su vida y obra un desarrollo lineal y coherente. Más bien, ha sido un ejemplo arquetípico del intelectual “real” con oscilaciones y cambios sustanciales en su forma de interpretar y actuar sobre la realidad. Aquí es importante subrayar que al periodo que analizamos en este capítulo lo sucedió otra etapa en la que Fals hubo de aminorar sus radicales premisas políticas y teóricas. Siguió bregando por la profunda transformación de Colombia pero ubicándose desde otro lugar.

Resulta claro que, más allá de sus vaivenes ideológicos, para Fals Borda siempre fue inconcebible la idea de una sociología sin praxis política: “intrínsecamente, ella es una ciencia política, y la llamada ciencia política, bien hecha, es sociología científica” (Fals Borda, 1972). En definitiva, hoy es casi anecdótico si fue “revolucionario” o “reformista” porque sus obras académicas, proyectos institucionales e iniciativas no tan institucionales, son de esas que han logrado desprenderse de su autor para convertirse en cultura objetiva, en patrimonio de sus lectores. Es como si se elevasen.

## **Bibliografía**

ANSALDI, Waldo (2007), “La democracia en América Latina, un barco a la deriva, tocado en la línea de flotación y con piratas a estribor. Una explicación de larga duración” en Waldo Ansaldi (comp.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

ANSALDI, Waldo, GIORDANO, Verónica (2012), *América Latina. La construcción del orden. De las sociedades de masas a las sociedades en procesos de reestructuración*, Buenos Aires, Ariel.

BONELL, Victoria E (1980): “The uses of theory, concepts and comparison in historical sociology”, en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 2 nº 2, abril 1980, pp.156-173.

CATAÑO, Gonzalo (2008): “Orlando Fals Borda, Sociólogo del compromiso”, en *Espacio Abierto*, Vol. 17, Nº 4, octubre-diciembre.

CENDALES, Lola; TORRES, Alfonso y TORRES, Fernando (2005), "An interview with Orlando Fals Borda" en *International Journal of Action Research*, Vol I, N°1, pp. 9-42

CORREA, Medardo (1997): *Sueño inconcluso: mi vivencia en el ELN*, CEREC Centro Gaitán, Artes Gráficas Caviher, Bogotá.

CUBIDES C, Fernando (2006): "La participación política del campesinado en el contexto de la guerra: el caso colombiano", en *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*, Clacso, Buenos Aires.

DOGAN, Mattei y PAHRE, Robert (1993): *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, Gribalbo, México DF.

FALS BORDA, Orlando (1957) *El hombre y la tierra en Boyacá: bases sociológicas e históricas*

*para una reforma agraria*, Bogotá, Antares Ediciones.

FALS BORDA, O.GUZMÁN CAMPOS, G. y UMAÑA LUNA, E (1962): *La violencia en Colombia: Estudio de un Proceso Social*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, Tomos I y II.

FALS BORDA, Orlando (1967): *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá.

FALS BORDA, Orlando (2011) Ciencia y compromiso: problemas metodológicos del libro *La subversión en Colombia*, en *Revista Colombiana de Sociología*, Vol. 34, N°2

FALS BORDA, Orlando (1968), *Las Revoluciones Inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI.

FALS BORDA, Orlando (1972): *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Carlos Valencia Editores, Bogotá.

FALS BORDA, Orlando (1975): *Historia de la Cuestión Agraria en Colombia*, Publicaciones de la Rosca, Bogotá.

FALS BORDA, Orlando (1979): *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.

FALS BORDA (2001) "Cuarenta años de la Sociología en Colombia: Problemas y Proyecciones" en *Revista Colombiana de Sociología*, Vol 6, N°1.

GIORDANO, Verónica (2011), Revisitando la sociología latinoamericana desde la sociología histórica. Contribuciones y trayectoria personal de Orlando Fals Borda, en *Revista online e-I@atina*, N°38. pp. 35-51

LEÓN PALACIOS, Paulo César (2008): "El M-19 y la subversión cultural bogotana en los setenta: el caso de la revista Alternativa" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N° 35, pp. 189-211.

MONCAYO, Víctor Manuel (2009), *Una sociología sentipensante para América Latina. Antología de Fals Borda*, Buenos Aires, Clacso

OCAMPO LÓPEZ, Javier (2009), "El maestro Orlando Fals Borda: Sus ideas educativas y sociales para el cambio en la sociedad colombiana" en *Revista Rhela*. Vol. 12, pp. 13-41.

PEREIRA FERNÁNDEZ, Alexander (2009): "Orlando Fals Borda: la travesía romántica de la sociología en Colombia" en *Crítica y Emancipación*, Año I, N°2, pp. 211-247.

QUIJANO, Aníbal (1978), "Comentario a la ponencia de Orlando Fals Borda", en *Crítica y política en Ciencias Sociales*, Bogotá, Punta de Lanza, pp. 261-269.

SKOCPOL, Theda (1991): "Sociology's Historical Imagination", en Theda Skocpol, ed., *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, New York, reprinted, pp. 1-21.

TILLY, Charles (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Editorial, Madrid.

URICOECHEA, Fernando (1988), Reseña del libro *Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos* de Orlando Fals Borda en Revista de Análisis Político, N°4, May/Ago